

“El sentido común y la obediencia no son ni el resultado ni una consecuencia tardía de una educación ya terminada, sino que deben constituir los fundamentos tempranos y primeros de la formación del ser humano.”



12 Obediencia - ¿No gracias?

Los nacional socialistas lograron desacreditar la obediencia. Le hicieron creer a la gente que la obediencia *en sí* era una virtud. Pero desde entonces se ha visto que la obediencia sólo está en condiciones de servir en la vida cuando se junta con la *comprensión* y la verdadera *libertad*.

Todavía no entiendo bien por qué motivo, cuando menciono a penas la palabra “obediencia”, me topo regularmente con desaprobación, rechazo y hasta con agresividad. Prácticamente la totalidad de la actividad didáctica se refiere al fin de cuentas y sencillamente a la disposición del alumno para obedecer. Aquí me gustaría examinar esta contradicción mostrando la importancia general de la obediencia dentro del contexto de nuestra existencia como seres humanos.

Empecemos por la psicología de la percepción. Como bien lo sabemos, nosotros los seres humanos tenemos la habilidad de no ver el mundo como un caos de estímulos sin conexión entre sí. Al contrario, con la percepción ordenamos y atribuimos un *significado* a todo lo que se presenta ante nuestros sentidos. Como sujetos perceptores, *creamos* el mundo que experimentamos al interpretar los estímulos.

Una característica esencial de esta significativa elaboración de estímulos consiste en que no percibimos a los “objetos” de nuestro campo de percepción como hechos aislados sino como cosas que, de alguna manera, están relacionadas entre sí y por ello adquieren significado. La percepción genera una *estructura* de significados a la que, por lo general, se le designa por *situación*.

Casi no tiene sentido dar ejemplos sobre esto, ya que finalmente *cada* acto existencial que podemos expresar con el lenguaje, se desarrolla en una estructura que tiene sentido y que se puede denominar “situación”. Esperamos ante una cabina telefónica que está ocupada, trabajamos en el jardín, nos vemos envueltos en un accidente de tránsito, visitamos una exposición, contemplamos un cuadro. Los dos últimos ejemplos muestran que la transferencia de nuestra atención simultáneamente de un sector amplio o pequeño redefine la situación que hace parte de la base de nuestra experiencia.

Estas consideraciones fundamentales tienen conexiones lógicas con la naturaleza de la obediencia. Como sujetos activos, experimentamos cada situación no como algo que nos deja indiferentes, sino como un hecho que nos *interpela*, que *exige algo de nosotros*. En este contexto, saber en qué medida estas *exigencias* son respuestas adquiridas o no, es irrelevante. Se trata aquí, únicamente de saber que con toda naturalidad podemos cumplir con las exigencias de cada situación como las de atenerse a las reglas de conducta que están inseparablemente vinculadas a la esencia de una situación. Un lugar sagrado exige silencio o al menos hablar en voz baja, usar ropa decente y hacer movimientos considerados. Otro tipo de comportamientos son necesarios en una discoteca, una playa, una oficina, un sendero del bosque, una cocina justo después de la comida o un acantilado. La vida de cada individuo, pero también la vida en sociedad, está en gran medida estimulada y guiada por las exigencias de cada situación, con las que – casi imperceptiblemente – y con toda naturalidad cumplimos. En otras palabras, adoptar el comportamiento correcto ante cada situación, es la cosa más normal del mundo. O, para expresarlo de otro modo, *obedecemos* a la orden que es parte de nuestra manera de percibir una situación determinada.

Con ello, una situación se transforma en *autoridad*, a la que obedecemos en la gran mayoría de los casos. Por eso la *obediencia* - comprendida como el comportamiento personal ante una autoridad (que no tiene en absoluto porqué ser una persona) - es también, para el adulto, casi tan natural como respirar y comer. Por eso, un *comportamiento inadecuado* es casi equivalente a una *desobediencia existencial*. De esta manera, las personas que en este sentido desobedecen son las que deambulan sin cuidado por terrenos peligrosos y abruptos, atraviesan como locos calles con mucho tránsito, dejan al alcance de los niños productos químicos peligrosos, depositan basura en los bosques o, en una iglesia, molestan con sus bromas y risotadas la devoción de los feligreses.

Podríamos preguntarnos naturalmente por qué estamos dispuestos, así nomás, a obedecer. Para ello hay dos motivos principales: primero, proyectamos frecuentemente las reglas dentro de la situación, de esta manera coinciden con nuestros propios valores. Nos parece entonces bueno y sensato atenerse a ellas. Y segundo, cuando no se observan las reglas que corresponden a una situación, esto tiene a menudo bastantes consecuencias desagradables: podemos sufrir un accidente, causar mala impresión, fracasar, ser rechazados, criticados, tal vez castigados o multados por algo, y todo esto genera sentimientos dolorosos.

Además de estas *razones* psicológicas que explican nuestra obediencia cotidiana, debemos considerar también su *significado* esencial. La comunicación y el comportamiento social dependen mucho de cómo, en una sociedad determinada, diferentes personas perciben distintas situaciones de manera más o menos idéntica. Si no fuese así, cada uno viviría aislado en su mundo. Primero, el hecho de que casi todas las personas adopten un comportamiento adecuado a la situación hace que la vida en sociedad sea soportable. Si la gran mayoría de los seres humanos no se comportara, con gran naturalidad, de manera adecuada a las situaciones, nuestro mundo parecería un manicomio que tendría como efecto de enloquecer aún más a los que ya lo están. O para expresarlo de manera más suave: el hecho de que la mayoría de las personas se atenga a las conductas adecuadas a las situaciones, garantiza que podamos asumir como dadas las condiciones mínimas indispensables para diseñar nuestro propio estilo de vida positivo.

Con esto, no abordamos la cuestión de saber si en ciertos casos, y hasta qué punto, la observación de las reglas correspondientes a cada situación es también algo *moralmente bueno*. Hay muchas situaciones en las que una conducta, supuestamente conforme a una situación, puede ser considerada, desde otro punto de vista, como algo reprehensible. Observemos simplemente el comportamiento de ciertas personas cuando su club ha perdido el partido, cuando buena parte de los miembros de un grupo están ebrios o han consumido drogas, cuando se desata una pelea en la calle o cuando una horda de soldados pasa de pueblo en pueblo arrasando, matando, quemando, violando. Aquéllos que cometen esos actos, una vez que se hallan fuera de esas situaciones violentas y destructivas, no se las pueden explicar. Ante estos actos, es preciso educar a los adolescentes para que opten por la observación de las reglas cuando éstas tengan un efecto positivo, pero que rechacen la obediencia a las órdenes, o a las reglas, que les sugieran involucrarse en actos de destrucción y en comportamientos moralmente reprehensibles.

Con esto abordamos el tema de la educación y por lo tanto el de la obediencia en la escuela y la familia. Ante el requisito de que los jóvenes aprendan a comportarse adecuadamente ante cada situación, aumenta la necesidad para el enseñante de exigir obediencia. Con certeza, esto no lo hace para satisfacer su apetito de poder. Al contrario, le es muy molesto ejercer su poder y exigir obediencia. Sin embargo lo hace para que el alumno aprenda a reconocer la regla básica que exige una situación y se atenga a ella siempre y cuando sea moralmente aceptable. Una autoridad que exige obediencia aparece por lo tanto siempre y esencialmente, como *guardiana de una situación que regula la vida*. Por eso un maestro toma sus medidas cuando en la clase de aritmética un alumno transforma la hoja de ejercicios en avioncillo y lo echa a volar por encima de las cabezas de sus compañeros. Sin embargo, la misma actitud sería apropiada durante la clase de trabajos manuales – sí, todo de acuerdo a la situación.

Si tuviese que dirigir hoy en día una clase, hablaría a mis alumnos del tema que aquí mismo planteo una y otra vez. Les mostraría que todo adulto educado responde con natural obediencia, y del amanecer al anochecer, a lo que exige cada situación. Les mostraría que el *tener que obedecer* no es algo que uno puede finalmente quitarse de encima al llegar a adulto, sino que es todo lo contrario: el *saber obedecer* pertenece a la esencia de cada adulto responsable y es una característica fundamental de lo que es ser un adulto de verdad. Un comportamiento adecuado ante cada situación es un signo de madurez.

Más allá de esto, les diría también, que ante ciertas situaciones debemos poder rechazar comportarnos adecuadamente y optar por actitudes rebeldes o mismo revolucionarias. Les aclararía que no hay que confundir, en ningún momento, el rechazo que obedece a la consciencia y corresponde a un verdadero sentimiento de responsabilidad, con la obstinación testaruda y el triunfo de los intereses egoístas. Pero no soñaría jamás con incentivar a mis alumnos para que se rebelen contra todas las convenciones sociales y a inducirlos a confundir rebelión inmadura e independencia verdadera.

Fuera del ya mencionado objetivo antropológico y pedagógico general de desarrollar en los adolescentes una obediencia bien comprendida, debemos preguntarnos: ¿Qué importancia tiene la obediencia en el aumento de la calidad de la enseñanza? La respuesta es simple pues es una *condición* indispensable para la formación. La escuela como institución cuenta con absoluta naturalidad - en todos sus fundamentos y todas sus metas (educación obligatoria, horarios, material pedagógico) – con la obediencia de los alumnos,

de los padres y de los maestros. Sin obediencia, es imposible organizar una lección. Es tan evidente que no hay más nada que decir al respecto.

Aún más, la obediencia es esencialmente decisiva si se ve como fundamento psicológico que permite realizar la formación en el verdadero sentido de la palabra, es decir remodelando, desarrollando e incrementando la personalidad del alumno. La obediencia es estar dispuesto a responder positivamente a ciertas exigencias. Justamente, eso es necesario para poder aprender algo. Por ello - además de una falta de capacidad para aprender - la obstinación es uno de los *obstáculos* mayores para alcanzar el éxito deseado en la formación. Desgraciadamente, se confunde la *obstinación* con la *originalidad* o la *autonomía*. Estas últimas son virtudes obviamente deseadas que debemos incentivar pedagógicamente. Al contrario, la *obstinación* no tiene razón de ser y es siempre destructiva. La obstinación trata sólo - contra toda lógica y exigencia genuina - de rechazar o en todo caso de *hacer las cosas de otra manera* o de *ser diferente* como principio, es una forma desastrosa de autodefensa compensatoria. Si no logramos detectar la *obstinación* y superarla paulatinamente con mucha paciencia y comprensión, terminará por transformarse en terquedad y porfía. Los *tercos* son personas cerradas a toda objetividad. La obstinación es exactamente lo opuesto a lo que presenté en el capítulo anterior como condición indispensable para la formación, o sea la *abertura*.

En resumen, debemos retener que la capacidad para obedecer no es simplemente una meta educativa para facilitar una vida social compartida y tampoco es una condición para poder organizar la enseñanza. Más allá de eso, es la actitud fundamental de estar dispuesto a aceptar las cosas, a comprometerse con lo nuevo y por eso, es una base para la enseñanza, la formación y particularmente también para aumentar la calidad de la formación. El rechazo de lo nuevo y de los otros, la obstinación, la testarudez y finalmente la terquedad constituyen fundamentalmente obstáculos para el aprendizaje y la formación que es necesario reconocer desde sus comienzos y que se deben tratar con estrategias educativas basadas psicológicamente.

La obediencia no es un problema teórico actual, ya lo era también para Pestalozzi. En tanto alumno de Rousseau, quiso educar a su propio hijo sin exigencias de obediencia. El fragmento de su diario escrito en 1774 muestra que muy rápidamente abandonó el proyecto. Como un fiel contable sopesó los argumentos a favor de la libertad y los argumentos a favor de la obediencia y llegó a esta conclusión significativa: "*La verdad no es unilateral. La libertad es una bendición, lo mismo que la obediencia. Debemos reunir lo que Rousseau*

separó. Convencido de que la obediencia era una restricción insensata que reprimía a la humanidad y causaba su miseria, no le puso límite alguno a la libertad.” (Sämtliche Werke. Obras completas 1, 127)

Un buen cuarto de siglo más tarde, Pestalozzi se preguntó cuáles eran las facultades psicológicas del niño que había que desarrollar para revelar su vida moral. Y así, Pestalozzi llegó a las tres emociones básicas, es decir: el amor, la confianza y la gratitud. Reconoció entonces que la obediencia era la base indispensable del comportamiento moral. Según Pestalozzi, aquél que piensa poder renunciar a la obediencia, abandona al niño dejándolo a la deriva.